

CARTA AL MUY HONORABLE EDMUND BURKE

Señor:

No es necesario, con la insinceridad propia de la cortesía palaciega, disculparme por interrumpir su precioso tiempo, ni proclamar que considero un honor debatir un asunto importante con un hombre cuyas habilidades literarias le han conferido notoriedad en el ámbito público. Aún no he aprendido a retorcer mis períodos, ni a disfrazar mis sentimientos en el lenguaje ambiguo de la cortesía, insinuando lo que no me atrevería a decir abiertamente. Si, por lo tanto, en el transcurso de esta misiva, llego a expresar desprecio, e incluso indignación, con cierto énfasis, les ruego que crean que no es un capricho. Porque la verdad, en la moral, siempre me ha parecido la esencia de lo sublime; y, en el gusto, la simplicidad el único criterio de lo bello. Pero no lucho contra un individuo cuando defiendo los derechos de los hombres y la libertad de la razón. Ven que no me digno a elegir mis palabras para evitar la frase odiosa, ni me impedirá dar una definición viril de ella, el ridículo endeble que una imaginación viva ha entrelazado con la acepción actual del término.

Reverenciando los derechos de la humanidad, me atreveré a afirmarlos; sin intimidarme por la carcajada que han provocado, ni esperando a que el tiempo haya secado las lágrimas compasivas que tan elaboradamente se han esforzado en excitar. Por los muchos sentimientos justos intercalados en la carta que tengo ante mí, y por la tendencia general de la misma, creería que usted es un hombre bueno, aunque vanidoso, si ciertas circunstancias de su conducta no hicieran dudosa la inflexibilidad de su

integridad. Y para esta vanidad, el conocimiento de la naturaleza humana me permite descubrir circunstancias tan atenuantes, en la misma estructura de su mente, que estoy dispuesta a llamarla amable, y a separar el carácter público del privado.

Sé que una imaginación viva hace que un hombre esté particularmente capacitado para brillar en la conversación y en esas producciones desordenadas donde se ignora el método; y el aplauso instantáneo que arranca su elocuencia es a la vez una recompensa y un estímulo. “Una vez ingenioso, siempre ingenioso” es un aforismo que ha recibido la aprobación de la experiencia; sin embargo, me inclino a concluir que el hombre que con escrupulosa ansiedad se esfuerza por mantener ese carácter brillante, nunca podrá alimentar, por la reflexión, ninguna pasión profunda o, si se quiere, metafísica. La ambición se convierte solo en la herramienta de la vanidad, y su razón, veleta de sentimientos desenfrenados, solo se emplea para barnizar las faltas que debería haber corregido.

Sagrados, sin embargo, serían las enfermedades y errores de un buen hombre, a mis ojos, si solo se mostraran en un círculo privado; si la falta venial solo hiciera al ingenioso ansioso, como una belleza celebrada, de despertar admiración en cada ocasión y excitar emoción, en lugar de la tranquila reciprocidad de estima mutua y respeto desapasionado. Tal vanidad anima la interacción social y obliga al pequeño gran hombre a estar siempre en guardia para asegurar su trono; y un hombre ingenioso, que está siempre al acecho de la conquista, en su afán por exhibir todo su caudal de conocimiento proporcionará a un ob-

servador atento información útil, calcinada por la fantasía y formada por el gusto.

Y aunque algún seco razonador susurre que los argumentos eran superficiales, e incluso añada que los sentimientos que así se exhiben ostentosamente son a menudo la fría declamación de la cabeza, y no las efusiones del corazón, ¿de qué servirán estas astutas observaciones cuando los argumentos ingeniosos y los sentimientos ornamentales están al nivel de la comprensión del mundo de la moda, y un libro resulta muy ameno? Incluso las Damas, Señor, pueden repetir sus vivaces ocurrencias y retransmitir en actitudes teatrales muchas de sus exclamaciones sentimentales. La sensibilidad es la manía del día, y la compasión la virtud que ha de cubrir una multitud de vicios, mientras la justicia queda para lamentarse en sombrío silencio y equilibrar la verdad en vano.

En la vida, un hombre honesto con un entendimiento limitado es frecuentemente esclavo de sus hábitos y juguete de sus sentimientos, mientras que el hombre con una cabeza más clara y un corazón más frío hace que las pasiones de los demás se dobleguen a su interés. Pero verdaderamente sublime es el carácter que actúa por principio, y gobierna los resortes inferiores de la actividad sin disminuir su vigor; cuyos sentimientos dan calor vital a sus decisiones, pero nunca lo precipitan en excentricidades febriles.

Sin embargo, como nos ha informado que el respeto enfría el amor, es natural concluir que todos sus bonitos desvaríos surgen de su sensibilidad mimada; y que, vanidoso de esta imaginada preeminencia de los órganos, usted alimenta cada emoción hasta que los vapores, su-